

una oposicion total de la voluntad al órden, *no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el futuro*¹.

Finalmente la Religion ordena las acciones del hombre, y por eso prescribe ciertas obligaciones exteriores, y prohíbe los actos contrarios. El hombre está en relacion con sus semejantes y con Dios. El órden en las acciones que dicen relacion á Dios se llama culto; en las que la tienen con nuestros semejantes, se llama moral ó virtud.

Las acciones son determinadas por el amor; y este por el conocimiento del bien ó de la verdad. He aquí la razon porque la moral y el culto toman entre los sectarios un carácter vago como sus creencias, y propenden como ellas á la destruccion; son indiferentes á los ojos del deista que, no sabiendo lo que se cree, permite

¹ *Quicumque dixerit verbum contra Filium hominis, remittetur ei: qui autem dixerit contra Spiritum sanctum, non remittetur ei, neque in hoc saeculo, neque in futuro. MATTH., XII, 32.*

Se entiende habla el autor de la impenitencia final, que es consecuencia necesaria de la dureza del corazon en el órden regular. Solo un milagro de la gracia puede evitarla. (N. D. T.)

no creer nada, y por consiguiente no amar cosa alguna; y vienen á ser para el ateo, que no cree mas que á sí, ni ama á nadie mas que á sí, la moral horrorosa del interes personal, y el culto monstruoso del orgullo y la voluptuosidad.

El hombre, compuesto de dos substancias, debe á Dios el homenaje entero de su ser; ó hablando el lenguaje profundamente filosófico del Catecismo, debe conocer á Dios, amarle y servirle; conocerle con su pensamiento, amarle con su corazon, y servirle con sus sentidos. La necesidad pues de un culto exterior se deriva de la naturaleza del hombre, ser inteligente y fisico. Un culto puramente espiritual es el culto de los puros espiritus; es el culto de los ángeles; pero no el hombre, que, por un efecto de la union íntima de alma y cuerpo, no puede entrar en sociedad, sea con Dios, sea con sus semejantes, sino por medio de los órganos. « El culto, » dicen, « que Dios pide es el del corazon. »¹ ¿Quién quita que se diga del mismo modo: « Las virtudes que Dios exige son las del corazon » , y

¹ *Emilio, libro IV.*

concluir de aquí, que amando al prójimo se cumple toda obligacion y justicia? ¡Qué compasion! como si el amor no se manifestase necesariamente con actos exteriores. El que ama al hombre le sirve, y del mismo modo, el que ama á Dios le sirve. El culto consiste en acciones como la virtud; y así como cada uno debe concurrir con su accion en las sociedades politicas á la conservacion del orden, de donde resulta la felicidad del hombre, cada uno debe tambien concurrir con su accion en la sociedad religiosa, á la conservacion del orden, de que resulta la gloria de Dios: y á la manera que el culto exterior es una relacion que se deriva de la naturaleza del hombre, así el culto público es una relacion que se deriva de la naturaleza de la sociedad.

Sin embargo la ignorancia no dejará de reirse, con solo oír el nombre de culto, por puro menosprecio: sin ver que él es quien conserva las creencias y alimenta el amor. Todo lo que ella descubre en esta manifestacion sublime de la fe, á lo mas, son prácticas molestas y pueriles, y ceremonias extravagantes. Filósofo, riéte cuanto quieras de nuestras *genuflexiones* y de nues-

*tros ademanos*¹, pero luego que te rias, dinos; ¿qué seria hoy del género humano si no se hubiera arrodillado delante de la cruz? Compara con tu culto interior que consiste en *ejercitarse en contemplaciones sublimes*², el culto cristiano, que consiste en ejercitarse en sublimes sacrificios; cuenta las virtudes que han hecho nacer tus coloquios solitarios con el Eterno³, y las que todos los dias produce una sola mirada sobre la imágen de su Hijo.

Mas la Religion nos manda elevar todavía mas alto nuestras consideraciones. Ni aun basta admirar esta maravillosa unidad en el plan, esta correspondencia íntima que enlaza los dogmas y el culto tan estrechamente como el alma humana se une al cuerpo; de manera que habiéndonos dado la verdad por un medio exterior, ó por la palabra, la gracia ó el amor tambien se nos ha dado por medios exteriores ó por los sacramentos: es preciso además concebir que el culto, en su todo magnífico, no es mas que la rea-

¹ Emilio, libro IV.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

lizacion exterior de la verdad infinita y del amor infinito, el don mutuo, el sacrificio efectivo de Dios al hombre y del hombre á Dios, ó la consumacion y complemento de su sociedad. Y en efecto, yo veo sobre nuestros altares la Verdad infinita realmente presente en la persona del Verbo encarnado, aunque oculta bajo las apariencias de pan, simbolo de la vida que ella nos comunica, al modo que el mismo Verbo estaba oculto bajo el velo de la naturaleza humana; yo veo á este Verbo hecho carne, dándose al hombre á quien redime con su sangre, y alimentándole al mismo tiempo con su cuerpo inmolado por él, con su verdad, con su amor, y con toda su divinidad, para divinizarle á él mismo, y prepararle á una union, no mas real, pero sí mas íntima, mas deliciosa y mas durable. Así el amor infinito de Dios se manifiesta por una accion infinita, y este misterio no me es tan incomprendible como me lo sería la Religion sin él.

Por su parte el hombre asociado al sacerdocio eterno de Jesucristo¹, el Hombre-Pontífice, mi-

¹ Tu es sacerdos in æternum secundum ordinem Melchise-

nistro é imágen del Pontífice-Dios, realiza en lo exterior la verdad y el amor infinito, por la produccion del Verbo encarnado sobre el altar, produccion prodigiosa, que nos hace participantes de la omnipotencia divina, y que la Iglesia, en su lenguaje tan asombrosamente profundo, expresa con el término absoluto de *accion*, porque en efecto ninguna otra accion puede compararse con esta accion infinita que se ejerce sobre Dios mismo.

El hombre realiza tambien la verdad infinita por la profesion pública de la fe; y el amor infinito que el Espíritu santo le inspira por los actos públicos de adoracion, obediencia y anonadacion; por el completo sacrificio de su ser y de su razon por la fe; de su corazon por el desasimiento de los bienes perecederos; de sus sentidos por las prácticas de mortificacion que la ley manda ó aconseja. Así es como cumple el precepto *y ama á Dios con todo su entendimiento, todo su corazon y toda su fuerza*; porque su fuerza

dech. Psal. CIX. 4. — JOAN. XII. 54. — Epist. ad Hebr. V. 6, y VII. 17. — Pontifex factus in æternum. Ibid. VI. 20.

ó sus sentidos no obran sino para manifestar su amor. « El mayor esfuerzo del amor es dar su vida por aquel á quien se ama »: este es el último, el perfecto sacrificio, y tambien el medio necesario para llegar á una union perfecta con Dios. Y he aquí lo que viene á ser la muerte para un cristiano, el último acto del culto infinito que debe al soberano Ser. Aquí tambien se hace notar la estrecha correspondencia del orden de la naturaleza con el orden sobrenatural: ¿ Pero se quiere ver la Religion triunfar de la naturaleza misma, y subordinarse el orden de la sociedad presente al orden de la sociedad eterna? ¿ Se quiere ver, si puedo explicarme así, una redencion todavía mas asombrosa que la del género humano? Contemplad á los mártires. Dios ha muerto por salvar al hombre; y cuando es necesario que el hombre perezca, ó que la verdad, el amor, en una palabra, Dios perezca en él, el hombre á su vez muere por salvar á Dios.

Espíritus débiles y apocados que venis á estre-

¹ *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* JOAN. XV. 15.

llaros contra las piedras del altar, entended ahora esta sentencia: *Tú adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás*¹. Los homenajes exteriores, la oracion, todos los actos del culto son inseparables de la adoracion del espíritu. El amor por necesidad se ha de manifestar al exterior; y es inútil que, *sacudiendo el yugo de Dios, y rompiendo los vínculos* de su sociedad os atrevais á decir: *Non serviam!* Contra vuestra voluntad y á pesar vuestro será preciso servir: *serviréis á vuestros deseos y pasiones*²; los convertiréis en dioses³; porque todo lo que antepone á Dios es Dios para nosotros: les tributaréis el culto que negais al Todopoderoso. Os adoraréis á vosotros mismos en vuestra razon altanera y en vuestro orgullo insensato, *in omni colle sublimi*: os postraréis delante de vuestros vicios; erigiréis en templos las oscuras guaridas de la prostitucion, *sub omni ligno frondoso tu prosternaberis*

¹ *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.* LUC. IV. 8.

² *Servientes desideriis et voluptatibus variis.* Epist. ad Tit. III. 3.

³ *Quorum Deus venter est.* Epist. ad Philip. III. 19.

meretrix : *serviréis*, y no como quiera, sino baja y vilmente, como un pueblo envilecido sirve al tirano que casualmente lo domina, hasta tanto que, arrebatados inopinadamente por *el impetuoso torrente de la justicia* ², vayais tambien para siempre, lejos de la eterna fuente del amor y del soberano bien, á servir sin esperanza, en las regiones desoladas del odio, y en el imperio del sumo mal.

Del precepto de amar al prójimo como á sí mismo por Dios, dimanán todas las leyes de la moral y de la sociedad. Este solo precepto pone orden en las familias, en el Estado, y entre los pueblos; porque estos tienen entre sí las mismas relaciones, y están sometidos á las obligaciones mismas que los individuos. La perfecta observancia de este precepto convertiría la sociedad presente en una imágen perfecta de la sociedad eterna, de la cual un día hemos de ser miem-

¹ *A sæculo confregisti jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: Non serviam. In omni enim colle sublimi, et sub omni ligno frondoso, tu prosternaberis meretrix. JEREM. II. 20.*

² *Et revelabitur quasi aqua judicium, et justitia quasi torrens fortis. AMAS. V. 24.*

bros. Nótese que en efecto esta plena observancia no es mas que el sacrificio completo que hacemos de nosotros mismos por los otros; sacrificio que constituye propiamente la virtud, como el sacrificar los otros á sí mismo constituye el crimen. Luego la virtud misma es un verdadero culto que el hombre rinde á Dios en su imágen; y como Jesucristo vino en calidad de *rey* ¹, no para ser servido, sino para servir ², Jesucristo *inmolado desde el principio del mundo* ³, es, todo junto, y en una union perfecta, en su eterno sacerdocio, sacrificador y víctima; cada miembro del cuerpo cuya cabeza es, ó de la sociedad espiritual que él ha establecido, asociado á su reinado para servir, á su sacerdocio para inmolarse, es del mismo modo sacerdote y víctima: *Vos regale sacerdotium* ⁴. Mas si la virtud es un culto real, el crimen es una real idolatría,

¹ *Dixit itaque ei Pilatus: ergo rex es tu? Respondit Jesus: Tu dicis, quia rex sum ego. JOAN. XVIII. 37.*

² *Filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam in redemptionem pro multis. MARC. X. 43*

³ *Qui occisus est ab origine mundi. Apoc. XII. 8.*

⁴ *Epist. I B. Petr. II. 9.*

ó una adoracion sacrilega que el hombre se tributa á sí propio, inmolando el órden á sus pasiones, y declarando que estas deben ser servidas por seres semejantes á Dios: y así como el mayor acto de virtud, ó el último esfuerzo de amor hácia los otros, es sacrificar su vida por ellos, así tambien el mayor crimen, ó el último exceso del amor desarreglado de sí mismo, es, sacrificarse á sí la vida de otro; y si el Verbo encarnado no quiso inútilmente se dijera de él: *He aquí al hombre*, todo asesinato es un Deicidio.

Aplicuese ahora estas consideraciones al por menor de las obligaciones, ya sea domésticas, ya sociales; y se verá que, sin la Religion, todo es desórden, porque todo órden es relativo á Dios. En nuestros pensamientos es el órden conocerle; en los afectos amarle, en nuestras acciones servirle, ya sea inmediatamente, por el ejercicio del culto establecido por el Mediador en la sociedad religiosa, ya sea mediatamente, por el ejercicio de las virtudes morales, ó del culto que tributamos á su imagen en la sociedad política. Porque nosotros nada debemos al hombre

en cuanto hombre; y Dios solo es el principio y término de todas las obligaciones. Esto se ve muy claro en el Evangelio, cuando anunciando aquel dia terrible en que todo el linage humano comparecerá delante de él, para oír su última sentencia, el Hombre-Dios promete recompensar las obras de amor, y castigar las contrarias, no precisamente porque se habrá hecho bien ó mal al hombre, sino porque haciéndole bien ó mal, este bien ó mal se ha hecho al mismo Dios: *Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.... Quamdiu non fecistis uni de minoribus his, nec mihi fecistis*¹. Fuera de esto, no veo ni crimen ni virtud; y nada menos se necesita que estas palabras para explicarme las que siguen: « Venid benditos de mi padre.... Apartaos de mí malditos.... y estos irán á las penas eternas y los justos á la vida eterna ».

He aquí lo que es la Religion con respecto á Dios, y lo que es con respecto al hombre. Cuida-

¹ MATTH. XXV. 40. 45.

² Venite, benedicti Patris mei.... Discedite à me maledicti.... et ibunt hi in supplicium æternum: justi autem in vitam æternam. MATTH. XXV. 54. 41. 46.

do con no engañarnos; no es ella un sistema sometido á nuestro juicio, sino una ley á la cual debemos someter nuestros corazones. Así la primera voz que se hace oír en la aparición del Hombre-Dios, impone silencio al sentido humano, revelando el secreto del orden que el Mediador viene á establecer: *Gloria á Dios en los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*¹ Oigamos con atención: *Gloria á Dios*: este es el objeto principal, la primera causa de la Encarnación; porque Dios no obra sino por sí mismo. Si envía á su Hijo al mundo es para hacer resplandecer su gloria, para manifestar su ser, dar testimonio á la verdad, y extender el reino del amor: he aquí la misión del Verbo hecho carne. Mas ¿ acaso se dirigirá á la razón? No, sino á la voluntad; porque no depende de la razón el comprender, pero sí depende siempre de la voluntad, creer lo que está atestiguado por el testimonio de una autoridad suficiente; depende de la voluntad amar el bien y obedecer las leyes del orden:

¹ *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis.* LUC. XI. 14.

Paz á los hombres de buena voluntad. Aquellos escucharán y atenderán á Dios en su enviado, y le glorificarán por su fe, por su amor y sus obras, cuya voluntad será buena, estará exenta de la corrupción del orgullo, que es principio de todo mal, y que inclinarán su corazón á creer, amar y obedecer, en vez de atormentar su razón con el deseo de comprender; ó mas bien, aquellos cuya razón ilustrada comprenderá que es soberanamente racional creer sin comprender, cuando Dios habla para revelarnos verdades tan elevadas, que solo él puede perfectamente comprenderlas. *Paz á estos hombres de buena voluntad*; paz, es decir, sociedad, unión con Dios, fuera de quien no hay paz para ser alguno inteligente: *paz sobre la tierra*, por el goce íntimo del orden que la Religión establece en sus pensamientos, afectos, y acciones. Lo que turba la paz de la inteligencia es, el combate del error contra la verdad, del error que nace de la razón orgullosa, contra la verdad que conocemos por el testimonio del Verbo: obligando á la razón á someterse, dándola la fe por regla, la voluntad pone fin al combate. Lo que turba la paz del corazón, es el combate

de la carne contra el espíritu, ¹ del amor desareglado de nosotros mismos contra el amor de Dios, que su espíritu excita en nosotros: cediendo á sus impresiones, consumando el sacrificio de todo nuestro ser á su Autor, la voluntad pone fin al combate. Lo que turba la paz de la sociedad, es el combate perpetuo del interes de cada uno con el interes de todos: sometiendo las pasiones á la obligacion, ó á la ley que manda sacrificarse por sus hermanos, la voluntad pone fin al combate. Digamos pues otra vez: *Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*, y en el cielo la sociedad eterna de la gloria: *satiabor cum apparuerit gloria tua.*²

Pero á los hombres cuya voluntad pervertida no quiere oír la palabra divina, amar el bien infinito, ni obedecer el orden inmutable, está destinada una guerra, y guerra eterna, primero

¹ *Caro enim concupiscit adversus spiritum: spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur.* Epist. ad Galat. V. 17.

² Psalm. XVI. 13.

consigo mismos: todos sus pensamientos armados los unos contra los otros se atacan, chocan y se destruyen hasta no quedar uno; y su inteligencia devastada, se asemeja en su espantosa soledad, á una ciudad silenciosa, sombría, y ensangrentada, en la cual bandos encarnizados y furiosos no dejaron ser con vida. Guerra en su corazon, atormentado por inquietudes, devorado por deseos, corroido por los remordimientos. Guerra en la familia, en el Estado, hecho presa miserable de las disensiones y anarquía, trastornado, quebrantado y deshecho por continuas conmociones. Guerra entre los pueblos, que unos á otros se devoran, como se devora un pedazo de pan. ¹ En fin, guerra con Dios, separacion de su sociedad, odio mutuo, rebelion impia del hombre contra su Autor, á quien procurará aniquilar para ponerse en lugar suyo; guerra hasta el dia reservado para el triunfo del orden, en el cual el Eterno, extendiendo su brazo, y apoderándose de sus débiles enemigos, les hará sen-

¹ *Devorant plebem meam sicut escam panis.* Psal. XIII. 14.

tir y conocer, en su consternacion profunda, la terrible y espantosa verdad de esta sentencia que se ha de cumplir como todas las suyas: *¡Cuán horrible es caer entre las manos del Dios vivo!*

Hemos hecho ver que la Religion, si hay una verdadera, es de una importancia infinita para el hombre, para la sociedad, y para el mismo Dios; y con esto hemos destruido uno de los fundamentos de la indiferencia dogmática. Para acabar de reducir á polvo la base en que se apoya, probaremos que existe en efecto una Religion verdadera, que no hay mas que una, que ella es el único medio de salvacion para todos los hombres, y que tambien todos los hombres pueden conocerla y discernirla fácilmente de las religionés falsas. Pero antes, conviene investigar como, en nuestra presente condicion, llegamos al conocimiento cierto de la verdad. Tratemos entre tanto de excitar y promover en nosotros el amor á esta verdad santa, porque solo el amor da precio

¹ *Horrendum est incidere in manus Dei viventis.* Epist. ad Hebr. X. 31.

á la verdad. Aun cuando á fuerza de trabajo llegásemos á descubrirla, no amándola, no sería todavía mas que una estéril opinion filosófica. Mas nosotros, como Pascal, « no pensamos que « toda la filosofia merezca una hora de trabajo ».

¹ *Pensamientos de Pascal.*

FIN DE LA SEGUNDA PARTE Y DEL TOMO SEGUNDO.